



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA CIENTIFICA DECENAL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Al periódico y á las obras: en Madrid, un mes 6 reales; tr. en provincias, 18 reales ó 42 sellos de anqueo; un año en ultramar, 90 reales y 100 por otro en el extranjero. A una sola publicación: los dos tercios del precio señalado en cada punto. Solo se admiten sellos de los pueblos en que no hay giro.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRIPCION. En Madrid, en la Redacción, San Roque, 8, bajo. En provincias, por conducto de correo postal ó remitiendo á la redacción, en carta franca, libranza sobre correos ó el número de sellos correspondiente.

PATOLOGIA Y TERAPEUTICA.

Historia de un caso de indigestion estomacal, complicada con desórdenes inflamatorios del corazón.

POR DON SATURIO L. ALVAREZ.

A las diez de la mañana del dia cinco de junio del presente año, me encontraba en Avilés (villa situada á cinco leguas de Oviedo), observando los síntomas que empezaban entonces á presentarse en una preciosa jaca alazana, seis cuartas y dos dedos, siete años, capona, de raza gallega y destinada al tiro de lujo. Aparecía con señales de un desasosiego poco alarmante: miraba así al uno como al otro lado, sin fijarse al parecer en los objetos, escarbaba alternativamente con las extremidades anteriores: aproximaba á estas las posteriores; y dejábase al fin caer sobre el vientre, en cuya posición permanecía por algún tiempo. Se levantaba; volvía nuevamente á presentar unas veces el anterior cuadro de síntomas; mientras que otras sacaba la ropa sin hacer esfuerzo alguno para orinar. La boca estaba seca y algún tanto saburrosa la lengua, mientras que el pulso y la respiración no habían experimentado todavía ningún cambio apreciable.

(El animal objeto de esta observación había comido el primero y único pienso de aquel dia á las cinco de la mañana, y saliera de Oviedo á las siete, tirando, en compañía de otras tres jacas apeladas de un pequeño coche de camino en que ibamos el Delegado de la cría caballar y el veterinario que suscribe. Nada absolutamente observamos en el tránsito que nos hiciese dudar de la salud de

apuel caballo, puesto que iba en el tiro con la gracia y soltura ordinaria.)

La aparición repentina de un síntoma, bastante significativo en muchos casos, pudo ser la causa, á no haber hecho una exploración detenida, de un error de diagnóstico que seguramente no padecí. Se colocó una sola vez en disposición de orinar y, no obstante los mayores esfuerzos, solo consiguió espelar gota á gota, una pequeña cantidad de orina que, por lo demás, nada ofrecía de particular.—Procedí inmediatamente á la exploración rectal, hecha la cual, me convencí de que ningún desorden de los riñones ni de la vía era la causa de la retención de orina, por más que aquel órgano contuviese una pequeña cantidad de este líquido; y digo esto con seguridad, porque tratando de favorecer su expulsión comprimiendo el receptáculo, solo conseguí la evacuación de algunas gotas á pesar de que la uretra se llenó completamente. No cabía, pues, duda, apreciada que fué esta circunstancia, de que el obstáculo existía en la extremidad inferior del conducto urinario.

Efectivamente, un cálculo de mediano tamaño obstruía completamente el paso; le estraje con facilidad y, aunque por entonces no se efectuó la evacuación, tampoco insistí en favorecerla, porque destruida la única dificultad que á ella se oponía, creí más conveniente que se hiciera sin necesidad de nuevos auxilios. Se verificó poco tiempo después, sin obstáculo alguno aparente.

Esto no obstante, los síntomas expresados en primer término persistían invariables, manifestando un embarazo gástrico poco alarmante, como dije en un principio. No creí tampoco oportuno combatirlos con remedios energéticos, así por este motivo, como porque varias veces se habían presentado en el mismo animal y desaparecido á favor de los más insignificantes recursos. Dieta ab-



soluta de alimentos sólidos, algunas lavativas estimulantes y agua ligeramente tartarizada, que se le puso en un cubo en el pesebre para que bebiese cuando le acomodase, fueron los remedios que constituyeron el plan curativo que adopté.

Nos precisaba volver á Oviedo en el mismo dia, y tanto porque el caballo se encontraba algo aliviado, como porque acaso carecería de asistencia facultativa dejándole en Avilés, se enganchó nuevamente á las cinco de la tarde, llegando al primer punto, sin advertir novedad en el camino, entre las nueve y las diez de la noche. Aquí principia la parte curiosa de esta observacion, que lo es seguramente, por las complicaciones que tomó una enfermedad poco alarmante casi siempre.

Aun no se había desenganchado el caballo, cuando un sonido hueco, regular y fuerte, que desde luego me pareció tenia su origen en la cavidad torácica, me obligó á descender rápidamente del coche. Confieso sinceramente la insinuadidad de dudas en que me vi envuelto en un principio, que desaparecieron después que por un sistema racional conseguí la formacion del diagnóstico diferencial.

Colocado el animal en su plaza, lo primero que en él saltaba á la vista, eran ciertos movimientos pasivos de las costillas, independientes de los respiratorios, que correspondian inmediatamente al choque que parecía tener lugar en su cara interna. Aplicadas las manos á los costillares, necesario era comprimir algun tanto para conservarlas fijas, porque tal era la violencia de las contracciones del corazón, que rebotaban, valiéndome de la expresion de M. Delvart, como si se percutiera con un martillo la parte interna de las costillas. Lo mas notable de esta complicacion, y la llamo así porque persistian estacionarios los síntomas que yo había tratado de combatir en Avilés, consistia en la pequeñez e irregularidad del pulso, que tan mal coincidia con la violencia de las contracciones, y con el estado de excitacion general en que debiera encontrarse el caballo, puesto que acababa de andar cinco leguas. Por otra parte, las venas superficiales, escasamente inyectadas, parecian indicar que toda la sangre tendia á concentrarse en las cavidades del corazón y en los grandes vasos arteriales y venosos.

Eran, pues, estos síntomas bastante alarmantes; y no cabia duda de que el corazón padecia, porque á parte de las momentáneas interrupciones que producian sus violentas contracciones en los movimientos de elevacion y depresion de las costillas, continuaban los fenómenos respiratorios con toda la regularidad que podia permitir aquel desorden. La respiracion, en fin, no estaba alterada sino de un modo indirecto.

El animal tampoco tenía en su aspecto exterior señales de una muerte próxima, y mas parecia inquietarse por los dolores gástricos que padecia, que por los tumultuosos movimientos del corazón. Solo alguna vez adelantaba la estremidad

anterior izquierda; pero se echaba mas frecuentemente sobre el vientre, tendiéndose después sobre el lado derecho. Nuevas investigaciones hechas sobre los órganos contenidos en la cavidad bucal, me hicieron creer en el aumento de la sequedad de su membrana mucosa, así como del estadio saburroso de la lengua. El aire espirado tenia un olor fétido.

Existia, por consiguiente, una indigestion estomacal, complicada con desórdenes, por lo menos congestionales, del corazón; porque no de otra naturaleza pudieran creerse, al observar los esfuerzos de este órgano para apartar de sí la excesiva cantidad de sangre que hacia él afluia. De cualquiera manera, estuviesen ó no relacionados estos desórdenes con las alteraciones gástricas; fuesen ó no consecuentes á estas en el caso entonces presente, lo cual no pude creer ni creó en la actualidad; ó quizás mejor, debidos al trabajo excesivo que, no estando acostumbrado, acababa de hacer el caballo; de cualquiera manera, repito, y sobre esto no podia caber la menor duda, coexistian en el organismo dos enfermedades distintas, importantes las dos, pero que ofrecian la particularidad de perjudicarse mutuamente en algunos de los remedios que pudieran ponerse en práctica para cada una, existiendo aisladas.

La sangria, en los estados congestionales es inflamatorios del corazón, es constantemente conveniente, «sin mirar como contra-indicacion á las emisiones sanguíneas, como dice muy bien M. Bouillaud, el desfallecimiento, la pequeñez y desigualdad del pulso; porque estos fenómedos son el resultado de la flegmatisa misma.»—Pero en el caso que yo iba á combatir, aparecia en primer lugar una indigestion estomacal, que, mas bien que á una irritacion, era debida á un estado asténico del estómago, resultando ser perjudicial por una parte, lo que hubiera sido favorable por otra.

Intentar un tratamiento en el momento mismo en que acababa de llegar el caballo, hubiera sido inoportuno: calculé que si el trabajo inmoderado era la principal causa de los desórdenes del corazón, quizás el descanso fuese suficiente para mitigarlos; y este pensamiento me indujo á permanecer á la expectativa, porque me permitia ademas pesar el pró y el contra del plan curativo que debiera establecer.

Me equivoqué: lejos de disminuirse á la hora y media los batimientos del corazón, aumentaron considerablemente en intensidad, hasta el punto de oirse á algunos pasos fuera de la cuadra en que estaba el animal. Este, al paso que elevaba las extremidades posteriores con el objeto de golpearse el vientre, doblaba el cuello sobre su lado izquierdo, tocando con los labios en la parte posterior del codo. Entonces aparecieron por primera vez temblores convulsivos acompañados de ansiedad, y una dificultad notable á la entrada y salida del aire en el aparato pulmonar.

Recurri inmediatamente á la sangría: la hice de cuatro libras, teniendo en cuenta las pequeñas dimensiones del animal, sin que me cupiese la menor duda acerca de su conveniencia, no obstante las alteraciones que existian en el aparato gástrico. Yo veia, al proceder de este modo, dos enfermedades que ambas esponian ya la vida del animal: pero apremiaban mas los desórdenes del centro de la circulacion, y era necesario combatirlos con energía. Ordené en seguida la administracion de un brebaje que, á la par que cbrase sobre las membranas del estómago excitándolas, llevase sus efectos hasta el corazon, regularizando sus contracciones. Elegí, pues, entre todas las preparaciones oficiales de la digital purpúrea, su tintura etérea, que parecia llenar bastante bien ambos objetos: la administré en cantidad de seis dracmas unidas á media onza de láudano, todo disuelto en libra y media de agua. Con el objeto de promover una reaccion al esterior, se aplicaron friegas repetidas á toda la superficie del animal, concluyendo por entonces con ponerle algunas lavativas ligeramente estimulantes.

La una seria de la noche cuando, habiendo disminuido el estado alarmante que hasta entonces presentara el caballo, me separé de él con gran desconfianza de conseguir resultado alguno favorable. Así sucedió: á las seis de la mañana recibí aviso de que había empeorado muchísimo, en lo cual me confirmé con el exámen que de él hice poco tiempo después.

Estaba echado sobre el lado derecho: las violentas contracciones del corazon, mas frecuentes que en la noche anterior, hacian rebotar los costillares impidiendo sus movimientos de elevacion y depression, que tambien se habian acelerado bastante; el fruncimiento de la cara, la excesiva dilatacion de los hollares, el estado imperceptible á la par que irregular del pulso; y sobre todo, la presencia de esas convulsiones que, acompañadas de sudores frios, se presentan momentos antes de una terminacion funesta, me hicieron pronosticar una muerte próxima. Por lo demás, tampoco habian cedido los desórdenes digestivos, puesto que, sin manifestar señales de un estado inflamatorio de estos órganos, se habian complicado con un meteорismo demasiado manifiesto. Un poco mas de tardanza, y el animal hubiera dejado de existir algunos instantes después.

Si la vida se iba reconcentrando poco á poco en un solo punto, esto es, en el corazon, no era absolutamente indispensable repartirla con igualdad en aquellas regiones en donde parecian completamente nulas la sensibilidad y la circulacion? Y para impedir que la sangre continuase afluendo al punto céntrico del aparato circulatorio, no era efectivamente necesario llamarla y sostenerla en regiones mas ó menos distantes? — Tales fueron las principales indicaciones que necesitaban satisfacerse, y que yo procuré llenar con toda la pre-

mura que el caso exigia, sin perder tampoco de vista la grave perturbacion del conducto intestinal.

Con partes iguales de tintura de cantáridas y esencia de trementina, se friccionaron las cuatro extremidades y parte inferior del viente, dejando colocado en la caña de cada remo un trapo á manera de sinapismo, empapado en la misma mezcla. Esto era ya provocar un fenómeno revulsivo á la par que estimulante; pero pareciéndome todavía semejante procedimiento de lejanos y poco profundos efectos, ordené la aplicacion, encima de las paredes torácicas, de paños empapados en agua á una temperatura cercana á la de su punto de ebullicion, que se repitieron hasta producir la caida de una estensa porcion de la epidérmis.

Pocos momentos después, cuando el organismo parecia presentar una reaccion favorable, me decidí por la administracion de un purgante drástico poderoso. — Necesario era en verdad favorecer la expulsión de los gases y alimentos contenidos en el tubo digestivo, y no era fácil, ni siquiera posible, conseguirlo por otro medio. Yo, además, consideraba la administracion del purgante útil contra los desórdenes del corazon, porque si estos exigian la provocacion de fenómenos revulsivos, á qué punto mejor que al aparato intestinal pudieran conducirse? — El purgante satisfacia á la par dos indicaciones, por lo que se administraron de una sola vez: áloes sucotrino y polvo de jalapa, una onza y media, una de tintura etérea de digital, unidas á media onza de láudano liquido: dosis que seguramente parecerán á muchos excesivas, pero que yo califiqué entonces de prudentes, porque dudaba mucho, sin embargo, produjese sus conocidos efectos.

A las once de la mañana del mismo dia, notábase en el animal alguna mejoría. Aunque no habian disminuido en intensidad las contracciones del corazon, ni se efectuaran evacuaciones por el ano, eran aquellas menos frecuentes y habia desaparecido en gran parte el estado timpánico del viente. La piel recobrara ya su temperatura ordinaria, exceptuando aquellas regiones en donde se habian aplicado las fricciones estimulantes y los paños empapados, que estaban fuertemente congestionadas y doloridas. Por ultimo, el pulso era menos irregular, mas perceptible y se efectuaba la respiracion con mas desembarazo.

Todas estas señales, unidas á una defecacion abundante que se verificó algun tiempo después, me hicieron dudar del funesto pronóstico que habia yo manifestado al dueño del animal. — Se remojaron las porciones de piel desprovistas de epidermis con la mezcla de tintura de cantáridas y esencia de trementina: puse dos sedales en la parte inferior del pecho, cuya accion animé con la misma mezcla: se le dieron á beber tres cuartillos próximamente de agua templada y con nitro: y ordené se le pusiese cada hora una lavativa em-

Riente. — También contribuyó a aumentar mi satisfacción del haberle visto espulsar copiosamente una orina encendida, circunstancia que atribuyó la absorción de la cantaridina y de la esenela empleadas en las fricciones.

Cuando más satisfecho me encontraba, porque creía haber arrancado el animal a la muerte, al menos por algunos días, todas mis ilusiones se destruyeron con la noticia que recibí a las cinco de la tarde. El caballo había dejado de existir pocos momentos antes. «Un ruido mucho mayor, me dijo el palafranero que le cuidaba, del que hasta entonces se percibiera en la parte del corazón, fué la señal precursora de su muerte, que se verificó de un modo repentino, cuando los golpes parecían ser más violentos.»

Autopsia. La practiqué a las seis de la mañana del siguiente día. El cadáver había estado tendido toda la noche sobre el lado izquierdo, con la cabeza y tercio anterior algo más bajos que el posterior. Colocado convenientemente, se dirigieron mis primeras investigaciones sobre las vísceras contenidas en la cavidad torácica. Hé aquí los desórdenes que encontré.

El órgano pulmonar solo presentaba señales de ese estado hiperhémico pasivo a que se denomina congestión cadáverica. Iglesia a creerlo así, la circunstancia de encontrarle muy particularmente congestionado en el apéndice anterior y cara costal del lóbulo izquierdo, mientras que los otros dos lóbulos solo presentaban indicios en la cara con que tocaban al mediastino. El pericardio se encontraba en igual caso. Pero el corazón, de aspecto negruzco, blando y más voluminoso que en el estado natural, parecía haber llegado al máximo de su susceptibilidad congestional. Llenos completamente los ventrículos, las aurículas y gruesos troncos arteriales, de sangre negra coagulada, en cantidad infinitamente mayor que la que de ordinario pudieran contener, indicaban haber dejado de funcionar súbitamente, pues en otro caso sus últimas contracciones hubiesen conducido aquél líquido hasta el sistema venoso general. El ventrículo izquierdo estaba ocupado también por un coágulo amarillo y fibriforme, sin mezcla alguna de sangre.

Por lo que toca al estado del tubo intestinal, aunque dilatados el estómago y los intestinos por la gran cantidad de gases que se habían formado en ellos después de la muerte del caballo, ningún indicio presentaban de haber sido la causa inmediata de semejante terminación. Algunos alimentos, escasamente triturados, residían aun en el estómago; los más habían pasado ya a los intestinos gruesos, y hubiesen sido expelidos sin dificultad, a no haber ocurrido la agravación súbita que produjo la muerte. Las restantes vísceras, solo presentaban fenómenos cadávericos.

Tal es la observación que yo recogí, y que transcribo sin otros comentarios, como una prueba más

de la susceptibilidad patológica del corazón de los animales. Quizá algún profesor más práctico e instruido, hubiese triunfado de tan violento desorden; en cuanto a mí, no tengo inconveniente en reconocer mi impotencia, tratándose de enfermedades tan agudas de uno de los órganos más indispensables para la conservación de la vida.

S. L. ALVAREZ.

POLICIA SANITARIA.

Noticias y observaciones relativas a la inocularción de la viruela, por un medio mas breve y expedito y no menos eficaz que el usual.

Por D. MIGUEL FERNANDEZ Y GARCIA.

Noticias antecedentes.

En el mes de marzo de 1836, apareció espontáneamente la viruela del ganado lanar en varios pueblos, entre ellos los de Campazas, Castro-llerite y Villahornate, que distan del de mi residencia (Valderas) de una a dos leguas. La enfermedad se presentó, segun me dijeron, ya en la forma benigna y discreta, ya en la maligna y confluyente de las reses atacadas de aquella abortaron muchas; las que padecieron la segunda, no solo sufrieron el mismo accidente, sino que encumbraron en número considerable los corderos que no se desgraciaban antes del término de la gestación, morían a medida que iban naciendo; y aun percibían muchas de las reses afectadas de la viruela benigna, gracias a la falta de todo cuidado higiénico y por efecto de las marchas a que se las sometía, teniendo cubiertas de pústulas las axilas y bragadas, de lo cual resultaba en estas regiones una inflamación que solía terminar por gangrena.

La epizootia tomó incremento. El dia 19 de octubre del mismo año comenzó a desarrollarse en los ganados de este pueblo, cuyos propietarios, excitados por mí, accedieron a que se practicase la inocularción en sus rebaños respectivos. El número total de reses sometidas a la operación asciende a 3,000, pertenecientes a los siguientes pueblos y ganaderos.

POBLOS.	GANADEROS.	Reses inoculadas
Valderas.	D. Roque Alonso.	600
	D. Tomás Sanchez.	700
	D. Manuel Rios.	600
	D. Agustín Quijada.	200
	D. Josefa Serrano.	600
Valdespino-ceron.	D. Basilio Cortes.	300
	TOTAL.	3,000

A este número hay que añadir 2,000 reses de los ganados de Campazas y Villafer, que, a imitación mia, inocularon los pastores respectivos.

Método operatorio y elección de virus.

El procedimiento de inoculación que constantemente preferí fué el que la experiencia tiene acrediitado como más conveniente; esto es, el llamado por *puncion o incision subepidérmica*. Este método llena siempre el objeto, pues que pone la materia variolosa en contacto con una superficie muy absorbente, cual es la capa mucosa de la piel. — En cuanto al sitio de la operación, la practiqué algunas veces en la región prepubiana; pero elegí con más frecuencia la parte interna de la cola, a fin de evitar los inconvenientes que ofrece el primer punto, por su rozamiento con los miembros abdominales; rozamiento cuyas consecuencias son la dificultad de la progresión y ciertas complicaciones temibles, que luego enumeraré.

En cuanto al virus empleado, en gran número de reses fué la serosidad de las pústulas, tal como se obtiene incidiéndolas en el período de secreción; pero para otros muchas inoculaciones me valí, y lo mismo hicieron los pastores citados, a ejemplo mio, de la sangre de reses afectadas, a pesar de cuanto dicen en contra algunos autores (1).

No pretendo apropiarme el principio teórico en que se funda esta innovación: el catedrático de Patología de la Escuela de León, señor Ruiz y Herrero, profesa la opinión de que el virus varioloso reside en la sangre, antes de recogerse y concentrarse en las pústulas. Mas si no reclamo para mí la prioridad de esta doctrina, no espero se me dispute la de su aplicación y sanción prácticas.

Manifestaré después los resultados que obtuve así por mi método como por el ordinario: por de pronto básteme asegurar, en vista de numerosas observaciones, que la enfermedad artificial se ha presentado sin excepción en cuantas reses inoculé con sangre; que no difería de la transmitida por el virus pustuloso, ni por sus síntomas, ni por su curso, ni por su terminación; que, en fin, el poder profiláctico de la sangre de reses atacadas de viruela no es inferior al de la materia de los granos: efectivamente, con ella como con este último agente, conseguí preservar de la viruela a las reses inoculadas, evitar el aborto de las ovejas preñadas y librarme igualmente de la enfermedad natural a los corderos, aun en medio de rebaños infestados.

Como se verá después, he extraído la sangre, unas veces de las pústulas mismas, y otras por

(1) D. Antonio Santos, entre otros, recomienda que se evite hacer sangre en el acto de extraer el virus para la inoculación.

desangramiento total de la res, si bien siempre en el período de secreción del mal; y el éxito ha sido completo en uno y otro caso. Este dato me parece concluyente.

Resultados de la inoculación.

En general, la erupción provocada por la inoculación se desenvolvía, por término medio, al séptimo día: el período de secreción y el de desecación se sucedían sin accidentes y la dolencia preservadora solía terminar su curso entre los quince y los veinte días. Respecto al tratamiento, se reducía a meras precauciones higiénicas; y aun estas no eran siempre posibles, como sucede casi siempre en ganados algo numerosos.

De las 3,000 reses que yo inoculé solo se me desgraciaron 9 propias de Doña Josefa Serrano; y esto no creo equivocarme atribuyéndolo a que practiqué la operación en las axilas, lo que dió lugar a inflamaciones flegmónosas, consecuencia del roce en la progresión, en muchas reses; inflamaciones que en las nueve mencionadas terminaron por gangrena y que en las demás ocasionaron dolores y claudicaciones más o menos intensas. — Estos fueron los solos accidentes que observé.

El mismo feliz éxito obtuvieron en general los pastores en los ganados de Campazas y Villafer: solo uno de ellos experimentó una gran pérdida, debida sin duda a que tomó la sangre para la inoculación de una res que padecía la viruela maligna y confluente. De este error en la elección resultó que los animales inoculados contrajeron afecciones de mal carácter y gangrenosas, que fumolaron a muchas de ellas. — Eos de más fueron, como he dicho, más afortunados o, lo que es lo mismo, tuvieron más acierto.

He aquí ahora algunas particularidades que creo útil dar a conocer.

(Se concluirá.)

M. FERNANDEZ Y GARCÍA.

REVISTA ESTRANGERA.

JOURNAL DE MÉDECINE VETERINAIRE (de Lyon.)

(Cuaderno de Febrero, 1857.)

Tratamiento del higroma del menudillo por las inyecciones rotadas. — Segun ofreció al combatir las inyecciones en el tratamiento de los tumores sinoviales y al aconsejarlas contra los higromas en general, consagra M. Rey un segundo artículo a encarecer las ventajas de este medio quirúrgico para la curación del higroma del menudillo en particular.

Quince observaciones más o menos detalladas,

todas comprobantes de la eficacia incontestable de las inyecciones en esta afección, presenta M. Rey como base de sus apreciaciones prácticas sobre ell s. He aquí una especie de resumen ó doctrina general con que el autor da principio á su artículo.

»En la parte anterior del menudillo del caballo existe una bolsa mucosa, situada entre el tendon estensor anterior del pie y la articulación metacarpo ó metatarso-falangiana.

»Los usos de esta bolsa son poco menos que nulos: no parece que sean los de facilitar los movimientos del tendon sobre la articulación, pues hay caballos bien conformados en los cuales existe á penas semejante cavidad.

»Algunas veces se desarrolla, á espensas de dicha bolsa, un tumor seroso, que constituye un higroma; entonces se observa en la cara anterior y parte superior del primer falange un abultamiento elástico, blando, fluctuante, sin edemacia en sus contornos y de volumen variable. Reducido al principio á una ligera elevación de la piel, puede llegar al tamaño de un puño.

»El higroma voluminoso está generalmente deprimido en su medio por la presión de los tendones, que parece producir dos quistes serosos; pero esta separación no es más que superficial.

»Con relación á la anatomía patológica, se encuentra que estudiar en esta afección una envoltura fibrosa, tapizada por una membrana que tiene alguna analogía con las sinoviales; y, contenido en la cavidad accidental, un líquido, de color oscuro y aun rojizo en el higroma reciente, transparente y amarillento en el antiguo, que contiene casi siempre grumos fibrinosos, formados de filamentos gruesos entretejidos.

»Las causas del higroma del menudillo son variadas. Resultado de los roces y contusiones de la parte, es por este concepto más común en los caballos de tiro que en los destinados á marchas rápidas. Estos últimos pueden contraerla por la fatiga y sobre todo por las detenciones demasiado bruscas. Hay que tener en cuenta el temperamento ó una predisposición interna: ciertos caballos tienen higromas en varios ó todos los menudillos; y se le ve aparecer algunas veces en otra extremidad, cuando se ha conseguido hacerle desaparecer de la primitivamente afectada.

»Bajo el punto de vista del pronóstico, no ofrece el higroma gravedad esencial. Cualquiera que sea su volumen, rara vez produce claudicación: hemos visto muchos caballos de tiro trabajar muchos años, sin que les incomodase la presencia de tumores de este género, aunque llegados á un tamaño considerable. Para el caballo de tiro, constituye el higroma del menudillo una deformación que importa hacer desaparecer.

»*Tratamiento.*—Vamos á examinar sucesivamente los diversos medios propuestos y ensayados para curar esta dolencia.

»1.º *Resolutivos.*—Al principio han podido producir buenos efectos las fricciones con aceites esenciales, entre otros, con el de trementina (aguarrás) y el de espliego. Este es, no obstante: el medio que fracasa con más frecuencia.

»2.º *Vejigatorio.*—La aplicación del vejigatorio es también un tratamiento infiel y que no impide las recidivas.

»3.º *Cauterio actual.*—Por este medio desaparecen algunas veces ó se detienen en su desarrollo algunos higromas pequeños; pero también se observa con frecuencia una ineficacia completa.

»4.º *Puncion.*—La punción de la bolsa mucosa tiene la ventaja de vacuar el líquido contenido; pero no impide la reproducción del higroma, si no se añade un medio de destruir la bolsa ó de limitar su extensión. Emplease al efecto el sedal, la cauterización y las inyecciones iódadas.

»4. *Sedal.*—Se provoca por el sedal una inflamación adhesiva y casi siempre se obtiene buen éxito. Pero hemos renunciado á este tratamiento, á causa de las cicatrices que deja á ambos lados de la articulación.

»B. *Cauterización.*—Abrir el higroma con un hierro candente que se pasa ligeramente al interior de la bolsa mucosa, es un medio susceptible de buen resultado; pero que deja, como el sedal, una cicatriz indeleble.

»C. *Inyección iódada.*—Es en nuestro concepto el modo mejor de tratamiento contra el higroma del menudillo, que hemos curado siempre con él sin dejar cicatriz aparente; y tiene por ventaja principal la de prevenir la reaparición del mal.

»Se hace la punción con el trocar ó con el bisturi recto; preferimos este último instrumento, que dirigimos en el sentido de los pelos para evitar una cicatrización aparente.

»La inyección se hace con una geringuilla.

»El líquido de la inyección es la tintura de iodo más ó menos dilatada en agua: inyectada pura, produce una tumefacción más intensa y rebelde que cuando se la debilita por una cantidad igual de agua, que es la fórmula que preferimos. En este caso añadimos algunos centigramos de ioduro de potasio (precaución aconsejada por M. Tabourin), para facilitar la mezcla y impedir un precipitado de iodo.

»Es conveniente operar teniendo tendido al caballo y colocando en la extensión el miembro afectado.

»Importa poco vacuar ó no toda la serosidad antes de introducir en la bolsa mucosa la tintura de iodo, y los mismos efectos se obtienen espulsando el líquido inyectado inmediatamente ó dejándolo algunos instantes, que si se hace levantar al animal sin haber ejercido presión alguna sobre la parte operada.

»No hay que colocar aparato alguno después de la operación. Una hemorragia ligera que se produce algunas veces, cesa por sí misma. La tu-

mesfaccion ulterior se disipa con el tiempo, y no hay que temer su persistencia.

» Hace ocho años que empleamos esclusivamente las inyecciones iodadas contra el bigroma del menudillo, siempre con éxito completo. Debemos añadir que nos hemos abstenido de operar cuando el tumor tenía un volumen extraordinario.»

Siguen despues las quince observaciones antes mencionadas; pero como en la esposicion general precedente está lo sustancial de todas ellas, no creemos necesario trascribirlas ni extractarlas. Solo añadiremos, como complemento de esta concisa historia, que el término de la curacion completa, es decir la entera desaparicion de la tumefaccion consecutiva á las inyecciones, ha solidado variar, por punto general, segun las observaciones de M. Rey, de los dos á los tres meses.

Jurisprudencia veterinaria. — Este articulo perteneciente tambien á M. Rey, tiene por objeto discutir las diversas interpretaciones que se ha dado á la Ley francesa en lo relativo á la *reinversion de la vagina* en la yaca como vicio redhibitorio. Esta cuestion solo ofrece un interes muy escaso para nuestros lectores, con tanta mas razon, cuanto que las opiniones andan divididas entre la interpretacion mas amplia y la mas restringida posible.

J. TELLEZ VICEN.

VARIEDADES.

Los veterinarios franceses en la Academia de Medicina de Paris.

Sobre la influencia del aire en la cicatrizacion de las heridas.

DISCURSO DE M. H. BOULEY.

(Conclusion.)

Confesaré, señores, que estos hechos han hecho vacilar un momento mi conviccion. Hé encontrado al principio una gran dificultad en hacer concordar tales hechos con la teoria que acabo de esponer y que creo verdadera. Mas partiendo del principio de que en las ciencias exactas, cuando una teoria está reconocida como absolutamente cierta, nada prueba contra ella un hecho contradictorio, y que este no aparece tal, sinó por defecto en la interpretacion, me he preguntado si el aducido por M. Velpau y Malgaigne no era de esta naturaleza, si no era contradictorio solamente porque le faltaba la interpretacion; y he buscado esta interpretacion.

Yo me he dicho: la sangre contiene gases en disolucion, prontos a desprenderse en cuanto se ha-

ce sentir la influencia del aire atmosferico. Fisiologicamente, este cambio se opera en el pulmon, por vía de endosmosis y exosmosis; pero el pulmon no tiene otra particularidad de organizacion, para que estos fenómenos se efectuen, que la multiplicidad de sus vasos y la finura de las paredes de estos vasos. El pulmon no está organizado con una glándula, para suministrar un producto especial; en una palabra, la acción pulmonar no es una secrecion. Esto sentado, no se producirán los fenómenos de endosmosis y exosmosis y el cambio de gases, como en el pulmon, en donde quiera que el aire se ponga en relacion directa con un aparato capilar? Una vez concebida esta hipótesis, he tratado de verificar lo que pueda tener de fundado, con el concurso de mi colega M. Clement, jefe de servicio de Química en la Escuela de Alfort. Hemos hecho, al efecto, enfisemas artificiales por medio de un fuelle en tres perros; y al cabo de veinticuatro y de cuarenta y ocho horas hemos examinado el aire que ha permanecido encerrado en el tejido celular. Desde el momento en que este aire ha sido puesto en contacto con una solucion de cal, se ha enturbiado el agua, como bajo el influjo del aire espirado por el pulmon. A la vista tenéis una de las redomas que han servido para este examen: como veis, contiene un precipitado notable de carbonato de cal, que atestigua la profunda modificación que el aire ha sufrido.

Hé aquí, á mayor abundamiento, los resultados del análisis eudiométrico del aire hecho por M. Clement:

PRIMERA EXPERIENCIA.

(Veinticuatro horas de permanencia en el tejido celular.)

Oxígeno.	5.76
Azoe.	87.61
Ácido carbónico.	6.63
	100.00

SEGUNDA EXPERIENCIA.

(Veinticuatro horas de permanencia en el tejido celular.)

Oxígeno.	4.76
Azoe.	87.15
Ácido carbónico.	8.09
	100.00

TERCERA EXPERIENCIA.

(Veinticuatro horas de permanencia en el tejido celular.)

Oxígeno.	4.39
Azoe.	87.32
Ácido carbónico.	8.29
	100.00

Los procedimientos de la análisis han consistido en los siguientes: recogido el aire en frascos llenos de mercurio, por medio de un tubo de caoutchouc, haciendo absorver el ácido carbónico por la potasa y el oxígeno por el fósforo en frío, el residuo gaseoso, después de estas absorciones, ha presentado todos los caracteres del ázoe puro.

Ya lo veis, señores, el aire del enlisema no es tal aire, sino una mezcla de ázoe y ácido carbónico con una proporción muy débil de oxígeno, y debe por lo tanto ser mucho menos activo para ejercer sobre los líquidos organizables una acción descomponente, porque el aire debe á su oxígeno la poderosa acción que tiene sobre las partes orgánicas. Ni el ázoe ni el ácido carbónico pueden obrar en este sentido: la prueba la suministra la industria de las conservas alimenticias. Cuando los alimentos que se desea conservar han sido encerrados en una caja herméticamente tapada, se les somete á la acción de una temperatura de 100 grados en baño-maria. Bajo la influencia de este calor, la parte de aire contenida en la caja se transforma en ácido carbónico, y las materias encerradas quedan al abrigo de la putrefacción. Así acontece en las heridas subcutáneas practicadas en medio de un enlisema artificial. Añadiré todavía que el gas del enlisema está caliente, que se halla cargado de vapores acuosos, y que esta doble circunstancia debe modificar notablemente su acción sobre los tejidos y sobre los líquidos que estos exhalan.

Los hechos de MM. Malgaigne y Velpéau no son, pues, contradictorios de la teoría que sostengo.

Una palabra más de objeción á M. Guérin, que mira como fenómenos de un orden esencialmente distinto la cicatrización adhesiva y la organización inmediata. Confieso que no comprendo esta distinción, pues me parece que entre esos dos fenómenos no hay más diferencia que del más al menos. Cuando los labios de una solución de continuidad están en exacto contacto, no se deposita entre ellos más que una corta cantidad de materia organizable; cuando están muy separados, como en la sección de los tendones, dicha materia es más abundante; pero no difiere de naturaleza, así lo creo, y las fases de su organización son idénticas. ¿Por qué, pues, hacer de cosas tan semejantes cosas tan distintas?

Voy á concluir, señores; pero antes séame permitido tocar una de las altas cuestiones que M. Malgaigne ha tratado en su discurso. Esté segura la Academia de que no llevo mis pretensiones hasta querer discutir ante ella una cuestión de filosofía; yo no tendría para ello la competencia suficiente, y me limitaré á ducir algunas palabras á M. Malgaigne, que ha lanzado los rayos de su elocuencia contra Descartes: en su boca, el nombre de cartesiano se ha hecho sinónimo, no diré de una injuria, pero sí de cierta cosa que

implica una crítica desdeñosa. ¿Y por qué? Yo había creido siempre que Descartes fuese uno de los grandes pensadores que honran á la humanidad, y confieso que me ha extrañado tanto más la apreciación de M. Malgaigne, cuanto que siempre me ha parecido Cartesiano. No dependería esto de esa tendencia particular del talento de M. Malgaigne, que le induce con frecuencia á no mirar á las gentes más que por su lado malo? Así lo ha hecho con Descartes el día en que ocupó esta tribuna: ha visto en él al autor de concepciones químicas sobre el sistema del mundo, y no se ha acordado de aquel famoso *Discurso sobre el método*, cuya idea principal es «no recibir jamás cosa alguna por verdadera, ínterin no se reconozca que evidentemente lo es». No es esta la idea que inspira á M. Malgaigne en sus escritos y discursos? No aconseja él también la duda, no esa duda estéril que conduce al scepticismo, sino la duda severa y fecunda, que si suspende el juicio es para hacerle más maduro por el examen? Descartes no aconseja otra cosa, y sérvé bien que M. Malgaigne es cartesiano, diga lo que quiera. El podrá renegar de Descartes; pero si Descartes reviviese, y este es el mayor elogio que puedo hacer de M. Malgaigne, Descartes no renegaría de él.—Traducido por JOSE QUIROGA.

ANUNCIOS.

DICCIONARIO DE MEDICINA VETERINARIA PRACTICA, POR L. V. DELWART,

traducido, anotado y adicionado
por J. TELLEZ VICEN Y L. F. GALLEGOS.

Se vende en esta Redacción á 60 rs. para los suscriptores la *Eco* y Biblioteca; á 70 para los suscriptores á una sola publicación, á 80 para los no suscriptores.—Los pedidos deben venir acompañados del importe de la obra en metálico ó libranza, con mas dos reales, coste de certificarlo para provincias, sin cuyo requisito no se responde de los estrayos.

Están además de venta en esta Redacción la obra y trabajos siguientes.

ENTERALGIOLOGIA VETERINARIA, por los hermanos Blazquez Navarro, á 24 rs.

IMPUGNACIONES DEL SISTEMA DE MONTA DE AÑO Y VEZ, por D. Martín Grand, á 3 rs. la primera y á 4 la segunda.

SISTEMA DE MONTA ANUAL, por D. Julian Soto, á 4 rs.

TERAPEUTICA FARMACOLOGICA, (cuadro de clasificación) por D. Pedro Cuesta, á 8 rs.

INFORME NOSOMONOGRAFICO SOBRE LA CAQUEZA ACUOSA, por D. Pedro Cuesta y D. Manuel Casas, á 3 rs.

MANUAL DEL REMONTISTA, por D. José María Giles, á 5 rs.

NOTA. No se admiten sellos en pago de ninguna de estas obras.

Editor responsable, JOSE QUIROGA.

MADRID: 1857.—Imprenta de la Veterinaria Española, á cargo de J. Castillo, calle de San Roque, número 8.